

## El olfato como fuente de conocimiento: origen histórico de los usos evidenciales del verbo *oler*<sup>1</sup>

*The sense of smell as a knowledge source: historical origin of evidential uses in the verb oler*

**Jorge Fernández Jaén**

Universidad de Alicante  
España

ONOMÁZEIN 33 (junio de 2016): 16-33  
DOI: 10.7764/onomazein.33.2



**Jorge Fernández:** Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, Universidad de Alicante, España. | Correo electrónico: [jorge.fernandez@ua.es](mailto:jorge.fernandez@ua.es)

Fecha de recepción: febrero de 2015  
Fecha de aceptación: mayo de 2015

## Resumen

En la bibliografía sobre los tipos de evidencialidad, muy pocas veces se ha tratado la relación entre el sentido del olfato y el nivel de certeza epistémica del hablante. En este artículo se analiza esa relación y se demuestra a partir de un análisis inductivo que el olfato (expresado con el verbo español *oler*) no sólo puede funcionar como una fuente de información

de modalidad epistémica variable, sino que también puede tener usos relacionados con la miratividad (expresión de un conocimiento inesperado o sorprendente). También se analizan aspectos diacrónicos de *oler* que prueban que sus usos evidenciales se han lexicalizado a partir de procesos cognitivos complejos, como la subjetivación o la estructuración metafórica.

**Palabras clave:** expresión del olfato; evidencialidad; modalidad epistémica; metáfora cognitiva.

## Abstract

The bibliography about types of evidentiality has hardly dealt with the relationship between the sense of smell and the speaker's level of epistemic certainty. The present paper, the aim of which was to analyze that relationship, has used a semantic analysis to prove that the sense of smell (expressed by means of the Spanish verb *oler*) not only can act as a source of variable episte-

mic modality information but also can have uses associated with mirativity (the expression of an unexpected or surprising piece of knowledge). Attention is additionally paid to the diachronic uses of *oler* which show that its evidential uses have become lexicalized from complex cognitive processes such as subjectivization or metaphorical structuring.

**Keywords:** expression of smell; evidentiality; epistemic modality; cognitive metaphor.

1 Este artículo ha sido financiado por el proyecto de investigación Perspectivas y aplicaciones sobre el aspecto verbal: factores determinantes en casos de verbalización (GV/2014/089) dirigido por la Dra. Susana Rodríguez Rosique.

## 1. Conceptos preliminares e hipótesis

En la lingüística moderna se conoce como *evidencialidad* la capacidad que tienen las lenguas para marcar las fuentes de información de las que se sirven los hablantes. Como es sabido, algunas lenguas, entre las que se encuentran las lenguas balcánicas, las tibeto-birmanas y muchas de las habladas en el continente americano, codifican esas fuentes de un modo gramatical (principalmente por medio de sufijos verbales), lo que ha llevado a investigadores como Aikhenvald (2004) a considerar que la evidencialidad debe ser siempre un procedimiento gramatical. Otros autores, sin embargo, opinan que la evidencialidad es una categoría semántica que se conceptualiza en cada lengua de un modo particular, ya sea empleando morfemas especializados o bien utilizando marcadores discursivos u otros procedimientos léxicos (*estrategias de evidencialidad*). En este segundo caso se encuentran las lenguas románicas y gran parte de las lenguas de Europa, lenguas en las que no hallamos ningún elemento morfológico que señale inequívocamente a la fuente de información.

De acuerdo con las diferentes clasificaciones de evidencialidad propuestas, y al margen de cuestiones de detalle<sup>2</sup>, se acepta en la ciencia lingüística que existen tres grandes tipos de evidencia: evidencia directa, cuando la fuente de información son los sentidos (vista, oído, etc.), evidencias referidas o citativas, cuando la información la transmite una segunda o tercera persona, y evidencias inferenciales, cuando la información es fruto de un razonamiento del hablante. Todas estas evidencias se manifiestan por medio de *evidenciales*, que son los recursos,

léxicos o gramaticales, que codifican lingüísticamente la fuente de conocimiento.

A juicio de la lingüística cognitivo-funcional, los evidenciales son siempre en su origen palabras diversas (verbos, adverbios, pronombres o cualquier otra categoría gramatical) que se utilizan pragmáticamente para señalar cuál es la fuente de información y cuál es el nivel de certeza del hablante en relación con lo que está comunicando, o lo que es lo mismo, cuál es el grado de *modalidad epistémica* de su enunciado. En una oración como *por lo visto Pedro se ha comprado un coche nuevo*, el marcador discursivo *por lo visto* indica que el hablante ha obtenido esa información por terceros (evidencia referida), lo que comporta que su compromiso con esa información sea parcial, al no tener una certeza absoluta sobre ese hecho (Ruiz Gurillo, 2006). Sin embargo, si el mismo hablante dijera *Vi a Pedro con su coche nuevo* el nivel de certeza epistémica aumentaría, puesto que en ese caso la información procedería de una evidencia visual directa<sup>3</sup>.

Un sólido argumento a favor de la hipótesis pragmática de la evidencialidad que defiende la lingüística cognitiva es el hecho de que, tal y como han demostrado algunos estudios recientes, los evidenciales morfológicos de las lenguas que los poseen proceden diacrónicamente de términos plenos, los cuales llegan a transformarse en sufijos o morfemas por un proceso de gramaticalización. Por ejemplo, De Haan (en prensa) ha analizado el desarrollo de los morfemas evidenciales de evidencia visual directa en varias lenguas, y ha constatado que estos han evolucionado etimológicamente de verbos visuales (como sucede en la lengua maricopa hablada en California), o de deícticos de primera persona, como el pronom-

2 Para un exhaustivo estado de la cuestión sobre evidencialidad pueden consultarse los trabajos de González Vázquez (2006) y Greco (2012).

3 Con todo, hay que señalar que la relación entre el tipo de evidencia y el grado de modalidad epistémica no es universal. Por ejemplo, mientras que en las lenguas indoeuropeas la visión suele asociarse con la certeza, en otras lenguas el funcionamiento de la escala modo-evidencial es distinto. Por ejemplo, en patwin, una lengua amerindia, la evidencia directa se relaciona con la incertidumbre (González Vázquez, 2006: 115-116). Sobre la relación entre los sentidos corporales y la expresión del conocimiento en las distintas culturas del mundo véase Fernández Jaén (2012).

bre YO o el adverbio espacial AQUÍ. De este modo, el hablante utiliza la visión y la expresión de la primera persona ('yo veo algo aquí') para verbalizar una percepción directa de la información, de tal manera que esos verbos y deícticos se ritualizan en el uso y terminan por reanalizarse como morfemas especializados en marcar un mecanismo de obtención de conocimiento.

Hoy en día se están investigando con especial detalle las evidencias inferenciales, las cuales tienen un comportamiento más complejo que las evidencias directas y las referidas. El principal problema es que no parece haber una separación nítida entre las evidencias inferenciales y las directas, ya que con frecuencia la percepción sensorial de algo no conduce a un conocimiento en sí mismo, sino que solamente actúa como pista contextual que desencadena un razonamiento lógico. En este sentido, Squartini (2001, 2008) ha desarrollado una taxonomía de las evidencias inferenciales según la cual habría tres tipos básicos de evidencia por inferencias: las inferencias específicas (o circunstanciales), las inferencias genéricas y las conjeturas. Las inferencias específicas se basan en datos objetivos del entorno del hablante, perceptibles por los sentidos en muchos casos. Las inferencias genéricas parten del conocimiento enciclopédico del mundo, es decir, de los hechos asumidos y aceptados como ciertos por una comunidad idiomática. Finalmente, las conjeturas surgen de razonamientos marcadamente axiológicos que no se basan necesariamente en ninguna evidencia o conocimiento compartido. Naturalmente, el grado de objetividad de estas inferencias es variable; así, mientras que las inferencias específicas son bastante fiables en la medida en que están ancladas a datos concretos del entorno, las inferencias genéricas resultan un poco más subjetivas y contingentes. Por último, las conjeturas son fuertemente subjetivas, por lo que con

frecuencia no pasan de ser especulaciones o juicios de valor del hablante.

El propósito de este trabajo es analizar la expresión de la modalidad epistémica y la evidencialidad en español a través del estudio histórico del verbo olfativo *oler*<sup>4</sup>. Asumimos como marco teórico la lingüística cognitivo-funcional y partimos de una hipótesis muy concreta: ¿puede ser el olfato una fuente de información? En la bibliografía siempre que se mencionan las evidencias directas o sensoriales se señala que estas se vinculan a la vista, al oído y a "otros sentidos"; sin embargo, raramente se especifica cuáles son esos "otros sentidos" o si el olfato está entre ellos. Con este trabajo pretendemos demostrar que en español el olfato sí puede lexicalizar la evidencialidad y que el verbo *oler* actúa como un evidencial sumamente operativo y rico en matices semánticos. Asimismo, probaremos que todos los empleos evidenciales de *oler* son el producto de un proceso gradual de metaforización pautado por los axiomas que defiende la semántica cognitiva.

## 2. Origen y propiedades sintáctico-semánticas del verbo *oler*

El latín poseía dos verbos fundamentales para la expresión de lo olfativo; por un lado, estaba el verbo *oleo*, que era un verbo estativo e intransitivo que se empleaba para expresar que las cosas despedían olor, y por otro estaba el verbo *olfacio*, verbo transitivo que se utilizaba para señalar que un sujeto animado olía algo voluntariamente. *Olfacio* no tuvo continuidad en español, de modo que *oleo* asumió con el tiempo todas las posibilidades sintáctico-semánticas, tanto las intransitivas como las transitivas. *Oler*, consecuentemente, es el resultado de la evolución de *oleo* en la lengua española y, al igual que su étimo, es un verbo capaz de codificar to-

4 Dicho análisis se basa en el estudio de un amplio corpus de ocurrencias extraídas del CORDE (Corpus Diacrónico del Español). Para un análisis más detallado consúltense los trabajos de Fernández Jaén (2008, 2012).

das las situaciones gramaticales asociadas a la expresión del olfato<sup>5</sup>. De este modo, *oler* admite desde sus mismos orígenes documentados (en el siglo XIII según nuestro corpus) tres variantes construccionales.

En primer lugar, tenemos la variante transitiva agentiva. En ella el sujeto semántico desempeña la función semántica de un OBSERVADOR, es decir, de una entidad animada que concentra conscientemente su atención en un ESTÍMULO SENSORIAL. En segundo lugar, tenemos la variante transitiva pasiva con sujeto PERCEPTOR. El sujeto PERCEPTOR se diferencia del OBSERVADOR en que no recibe el ESTÍMULO voluntariamente, sino que sólo lo registra por el hecho de estar próximo a él en el medio físico. Por último, *oler* puede funcionar como un verbo intransitivo estativo con sujeto ESTÍMULO. En estos casos el receptor del olor no se conceptualiza (si bien puede aparecer subsidiariamente en forma de pronombre dativo), siendo el olor mismo el elemento más destacado de la escena. Esta variante posee, a su vez, tres posibilidades combinatorias; en primer lugar, la combinación escueta, en la que sólo aparecen verbo y sujeto ESTÍMULO, y, en segundo lugar, dos posibilidades, en las que se introduce a través de un suplemento con la preposición *a* o de un complemento introducido por el nexos comparativo *como* una especulación,

más o menos subjetiva, acerca de cuál es la fuente del olor. Las siguientes oraciones ejemplifican cada una de estas posibilidades:

- (1) Luis olió el perfume para decidir cuál comprar (uso transitivo, sujeto OBSERVADOR).
- (2) Luis olió el perfume cuando entró en el ascensor (uso transitivo, sujeto PERCEPTOR).
- (3) La comida huele (uso intransitivo escueto, sujeto ESTÍMULO).
- (4) La comida huele a cebolla (uso intransitivo con alusión a la fuente, sujeto ESTÍMULO).
- (5) La comida huele como la cebolla (uso intransitivo con alusión a la fuente, sujeto ESTÍMULO).

Debemos señalar que con las variantes intransitivas es frecuente, sobre todo en contextos orales, que el sujeto ESTÍMULO no se explicita (sujeto Ø), sobre todo cuando se hace referencia al lugar en el que el conceptualizador detecta el olor. De este modo, en (6) la presencia del adjunto circunstancial de lugar *en la cocina* hace innecesaria la mención del sujeto ESTÍMULO:

- (6) En la cocina huele.

Este fenómeno, denominado *inversión locativa* (RAE, 2009), se debe a que los olores son objetos abstractos e invisibles que con frecuencia resultan difíciles de verbalizar; por ello, el

5 En español actual *oler* coexiste con el verbo *olfatear*. Se trata de un verbo denominal formado a partir del sustantivo *olfato* y el sufijo reiterativo *-ear*, cuyo significado básico es OLER CON INSISTENCIA O REPETIDAMENTE. Este verbo suele emplearse en su sentido físico con sujetos animales (el perro olfateó el rastro de la presa), si bien también ha desarrollado empleos metafóricos con sujetos humanos. En estos casos, *olfatear* expresa acciones voluntarias que tienen por objeto descubrir una información oculta (AVERIGUAR). *Olfatear*, no obstante, también puede expresar la captación más o menos espontánea de un conocimiento o información. A continuación se muestra un ejemplo en el que *olfatear* aparece con un significado próximo a DESCUBRIR:

Poseído de una ambición sin límites, donde lo que importa es, precisamente, llegar a ser un hombre muy importante —la riqueza es casi un producto residual de tal condición—, Conde ha olfateado el despertar español y se ha convertido en uno de sus más genuinos representantes (Jesús Cacho Cortés, Asalto al poder. *La revolución de Mario Conde*, 1988).

Como se ve, en este texto *olfatear* metaforiza la capacidad del banquero español Mario Conde para intuir en qué momento el estado español estaba empezando a florecer económicamente; así, la habilidad cognitiva que tienen ciertos animales con un olfato agudo para obtener conocimiento a través de los olores se metaforiza para transformarse en la sagacidad intelectual de un hombre de negocios que sabe detectar el momento propicio para desarrollar su actividad profesional. Debemos señalar que, tal y como comprobaremos a continuación, estos valores metafóricos (AVERIGUAR y DESCUBRIR) también se dan con el verbo *oler*, lo que prueba que las expansiones metafóricas que van de lo olfativo a lo epistémico son regulares y productivas en la lengua española.

conceptualizador alude vagamente a su mera existencia, o bien indicando qué huele (la comida) o bien señalando dónde se encuentra el olor (en la cocina). Nótese, en cualquier caso, la íntima conexión metonímica entre el ESTÍMULO y el LUGAR (la comida y dónde se prepara), conexión que hace que la presencia simultánea de ambos elementos sea anómala por redundante<sup>6</sup>. Lo que sí puede coaparecer con el adjunto locativo es un complemento que indique cómo es el olor, ya esté introducido por la preposición *a* (*en la cocina huele a cebolla*) o por el nexa *como* (*en la cocina huele como la cebolla*).

Por lo que respecta al plano conceptual, el verbo *oler* ha desarrollado en español una estructuración interna de carácter polisémico con diversos significados entrecruzados. A juicio de la lingüística cognitiva (cf. Lakoff y Johnson, 1980; Lakoff, 1987; Johnson, 1987; Langacker, 1987, 1991; Geeraerts, 1997), los nuevos significados de las palabras emergen gracias a proyecciones metafóricas y metonímicas irradiadas desde los significados prototípicos, que son los significados más básicos, frecuentes y antiguos de cualquier categoría léxica. Esos significados prototípicos suelen poseer, además, un contenido muy físico y concreto, contenido que se irá metaforizando y cargando de subjetividad (hipótesis de la subjetivación) a medida que los hablantes los empleen. Por todo ello, una palabra evoluciona onomasiológicamente tomando como punto de partida los valores más prototípicos, los cuales se irán volviendo con el tiempo más abstractos y esquemáticos para poder introducir contenidos nuevos.

Aparte de la hipótesis de que los significados se desarrollan unidireccionalmente desde los núcleos prototípicos a partir de expansiones metafóricas, la semántica cognitiva también defiende el carácter corporeizado del lenguaje. Esta idea presupone que la conciencia física del

propio cuerpo influye sobre la percepción de la realidad que experimentan los hablantes, de tal modo que estos adaptan parte de sus vivencias somáticas al contenido semántico de las palabras. Por este motivo, para entender en todas sus dimensiones cómo se ha desarrollado la polisemia de *oler*, hay que comprender previamente cómo es el olfato humano y cuáles son sus principales rasgos, pues dichos rasgos actúan como base experiencial sobre la que se apoyan las proyecciones metafóricas.

De todas las propiedades del olfato que se han descrito en la literatura<sup>7</sup>, creemos que las verdaderamente decisivas para comprender el funcionamiento del verbo *oler* son cuatro: escasa importancia cognitiva, brevedad de la olfacción, vaguedad referencial y falta de control. La primera propiedad establece que el olfato, a diferencia de la vista o el oído, es un sentido poco relacionado con la comprensión intelectual del mundo y con la supervivencia en el medio, razón por la cual los verbos olfativos de las lenguas no suelen desarrollar contenidos epistémicos. En segundo lugar, las olfacciones humanas son breves, puesto que las personas no pueden retener durante demasiado tiempo una experiencia olfativa; después de percibirlos durante unos minutos, todos los olores se desvanecen (lo que se conoce como *adaptación* en psicobiología), lo que dificulta tener conciencia de los olores o recordarlos. Por su parte, la vaguedad referencial se relaciona con el hecho de que los hablantes tienen grandes dificultades para categorizar los olores. En efecto, cuando olemos algo casi nunca estamos seguros de qué es, lo que convierte al olfato en un sentido marcadamente subjetivo. Por último, los procesos olfativos son casi siempre incontrolados, pues son los olores los que asaltan inadvertidamente a los hablantes sin que estos puedan evitarlo. Debe tenerse presente que la nariz es un órgano que siempre está

6 Lo confirma la extrañeza que produce un enunciado como # *La comida huele en la cocina*.

7 Para una aproximación completa a las particularidades del olfato y a su interacción con el lenguaje véanse los trabajos de Ibarretxe-Antuñano (1999) y Fernández Jaén (2008, 2012).

activo, por lo que la captación de un nuevo olor puede producirse en cualquier momento.

En suma, los olores son, desde el punto de vista de los hablantes, entidades intangibles y dinámicas que aparecen espontáneamente para desaparecer poco después, sin que el conceptualizador pueda ejercer control racional sobre ellas. Estas propiedades condicionan el funcionamiento semántico del léxico olfativo, como veremos. Tanto es así, que ya Wood (1899) observó a finales del siglo XIX que los términos de olor y los verbos olfativos suelen proceder en las leguas indoeuropeas de palabras que significan cosas como HUMO, VAPOR o EXHALACIÓN, nociones que, a su vez, pueden conectar con contenidos asociados al MOVIMIENTO; los olores son algo inesperado, invisible y huidizo, del mismo modo que un viento o exhalación, y huelen, como el humo o un vapor. La conexión nodular entre todos estos matices semánticos no sólo es observable en los orígenes de las lenguas de Europa, sino que también puede recuperarse en el español de hoy. Baste como ejemplo una oración como *Ernesto se esfumó*, que si bien significa ERNESTO SE FUE se ha formulado metafóricamente a partir de la idea de HACERSE HUMO, que es lo que significa literalmente *esfumarse*. Como vemos, *esfumarse* implica ‘hacerse humo’ y, por tanto, convertirse en algo que se mueve hasta desaparecer.

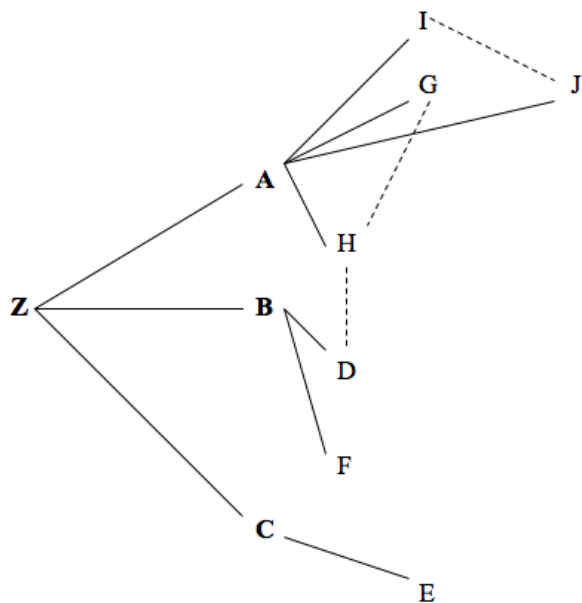
A partir de las observaciones empíricas de nuestro corpus, hemos podido determinar que *oler* ha desarrollado a lo largo de su historia siete significados metafóricos, surgidos a partir de alguno de los significados prototípicos que hemos visto antes (transitivo activo, transitivo pasivo e intransitivo). Dichos valores prototípicos imprimen sus características particulares a los significados que emergen de ellos, de manera que los nuevos significados son abstracciones metafóricas que respetan las propiedades de base del significado del que parten así como su configuración sintáctica (*invariabilidad semántica*). En consecuencia, del prototipo intransi-

tivo han emergido metáforas como PARECER ES OLER, RECORDAR ES OLER, SER ALGO MALO ES OLER y SER ALGO BUENO ES OLER. En todas ellas encontramos un sujeto (ya no físico, sino nocional) del que se predica algo relacionado subjetivamente con recuerdos o asociaciones experienciales diversas. Del prototipo transitivo pasivo surgen los significados SOSPECHAR ES OLER y DESCUBRIR ES OLER; en este caso se conceptualiza una escena en la que un sujeto posee una sospecha de algo (indeterminación olfativa y vaguedad referencial) o descubre una información inesperadamente del mismo modo que se descubre inesperadamente un olor. Por último, del prototipo transitivo activo nace la proyección metafórica AVERIGUAR ES OLER, ya que en este caso es dominante la actitud consciente del sujeto a la hora de llevar a cabo la acción. En definitiva, pensamos que *oler* expresa la captación de la información del mundo por medio de la metáfora general EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR; de este modo, los rasgos del olfato que hemos reseñado se metaforizan y pasan a expresar cómo se obtienen ciertos conocimientos que por su peculiar naturaleza se comportan ‘como olores’. Siguiendo el modelo de la semántica diacrónica de prototipos de Geeraerts (1997), podemos representar la estructura interna de *oler* en forma de red (véase la figura 1).

La estructura radial que se muestra en la figura 1 contiene los significados prototípicos (en negrita, siendo **Z** el contenido semántico del verbo latino *oleo*) y los significados que han aparecido por un proceso de metaforización posterior. Debe señalarse que, tal y como manifiesta nuestro corpus, todos los significados prototípicos del español se documentan desde el siglo XIII, mientras que hay que esperar hasta el siglo XV para que empiecen a aparecer en los textos los primeros usos metafóricos. Esta evidencia confirma el carácter progresivo de las expansiones metafóricas de las categorías léxicas y la primacía de los prototipos como ejes vertebradores. También hay que precisar que, en ocasiones,

**FIGURA 1**Estructura diacrónica de *oler*

Latín XIII XIV XV XVI XVII XVIII



- A:** valores intransitivos (la comida huele)  
**B:** valores transitivos pasivos (olió el perfume involuntariamente)  
**C:** valores transitivos activos (olió el perfume voluntariamente)  
**D:** SOSPECHAR ES OLER (me olía que tramaban algo)  
**E:** AVERIGUAR ES OLER (voy a oler qué pasa)  
**F:** DESCUBRIR ES OLER (de repente olió el panorama)  
**G:** PARECER ES OLER (Mateo huele a hombre bueno)  
**H:** RECORDAR ES OLER (estos lápices me huelen a mi infancia)  
**I:** SER ALGO MALO ES OLER (este negocio huele mal)  
**J:** SER ALGO BUENO ES OLER (he empezado a leer la novela y huele bien)

algunos ejemplos pueden ser difíciles de adscribir a un único contenido, al aceptar varias interpretaciones semánticas al mismo tiempo. Este fenómeno, denominado por Geeraerts *sobreposición*, queda marcado en la red por las líneas discontinuas, que conectan los significados que, por su peculiar comportamiento, pueden fusionarse eventualmente.

### 3. El verbo *oler* como evidencial: usos y variantes

La idea que se defiende en este trabajo es que algunos de los empleos del verbo *oler* que hemos descrito en el apartado anterior pueden interpretarse como evidenciales de la lengua española y como formas de verbalizar ciertos matices relacionados con la modalidad epistémica. Por supuesto, estos usos siempre estarán condicionados por las propiedades experienciales del olfato, las cuales influirán en el comportamiento lingüístico de *oler* de acuerdo con las predicciones de la hipótesis de la corporeización del lenguaje. En los siguientes apartados se analizarán las diversas posibilidades modo-evidenciales de *oler* siguiendo un criterio sintáctico, es decir, de acuerdo con el carácter transitivo (activo y pasivo) o intransitivo de cada posibilidad.

#### 3.1. Variantes transitivas

En primer lugar, podemos aceptar como premisa que el acto de oler una determinada sustancia voluntariamente puede ser, en sí mismo, una fuente de información. Obsérvese el ejemplo (7):

- (7) “E olió el ampolla e vido que era vino muy fino” (Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera (corbacho)*, 1438).

En este texto el sujeto huele conscientemente un líquido y llega a la consideración de que es un “muy buen vino”. Nótese que el verbo *oler* se utiliza en su sentido físico prototípico y que la conclusión epistémica, expresada por una oración sustantiva flexionada (*que era vino muy fino*), va introducido por el verbo *ver*, que es un verbo marcadamente epistémico y que suele expresar un gran nivel de certeza. Por lo tanto, en (7) encontramos, empleando la nomenclatura de Squartini (2001, 2008), una inferencia específica, puesto que la olfacción de un olor conduce a un razonamiento muy fiable.

A partir de la metáfora cognitiva EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR, *oler* puede asumir conceptualizaciones más elaboradas. Por ejemplo,



la información puede ser algo difícil de conocer (de igual modo que los olores son frecuentemente difíciles de detectar e identificar), razón por la cual la metáfora AVERIGUAR ES OLER expresa la intención agentiva del hablante de acceder a ciertos datos que se resisten a ser revelados. La información, en suma, se comporta como un olor complejo. En estos casos, *oler* representa una predicación muy subjetiva y no resultativa, dado que se destaca el deseo de conocer del sujeto OBSERVADOR y no necesariamente la consecución de ese deseo. Por supuesto, cuando *oler* se emplea con este significado también queda habilitado para llevar por complemento directo una oración flexionada, ya que estas oraciones constituyen por defecto, tal y como hemos observado en el ejemplo (7), contenidos proposicionales que se interpretan como información. Así, en (8) encontramos como complemento directo una oración de relativo sin antecedente expreso, mientras que en (9) el complemento es una oración interrogativa indirecta:

(8) “Embió a vn su criado a q[ue] oliesse lo que passaua” (Alonso López Pinciano, *Filosofía antigua poética*, 1596).

(9) “no porque los curas fuesen generalmente amigos del poderoso y cortesanos de la abundancia y del lujo, sino porque es claro que, siendo misión de una parte del clero pedir para los pobres, para las causas pías, no han de postular donde no hay de qué, ni han de andar oliendo dónde se guisa” (Leopoldo Alas “Clarín”, *El señor y lo demás son cuentos*, 1893).

Como decíamos, en estos dos textos *oler* introduce el deseo del sujeto de averiguar algo, pero no la obtención de la información. Con todo, a veces la metáfora AVERIGUAR ES OLER sí permite inferir que las averiguaciones han sido exitosas, tal y como se comprueba en (10):

(10) “—¿Y a qué vienen esos consejeros del diantre? / —Según he olido, les manda Napoleón para que nos emboben” (Benito Pérez Galdós, *Napoleón en Chamartín*, 1874).

Cuando la predicación transitiva es pasiva y tiene, por tanto, un sujeto PERCEPTOR, *oler* evoca una fuente de información por el mero hecho de que descubrir un olor también puede interpretarse como un modo de conocer la realidad. En (11) un individuo roba en una despensa porque detecta con su olfato que contiene abundantes alimentos. En este caso no cabe duda de que un olor ha funcionado nuevamente como elemento activador de una inferencia específica o circunstancial (aquí hay buena comida), inferencia gracias a la cual el sujeto puede llevar a cabo con éxito su robo:

(11) “sobresaltáronse los del baile, y fue que nuestro compañero oliendo la despensa, donde había empanadas y pernils como demás cosas, ató u faja á una pata de gato, y por listones que rompió en la celosía metióle, y sacar pudo con el animal, que agarraba sin soltar, cuatro empanadas y una sarta de embutido blanco” (Javier Fuentes y Ponte, *Murcia que se fue*, 1872).

La percepción involuntaria de los olores y la experiencia que está asociada a ella se han metaforizado en español y, siguiendo el patrón conceptual impuesto por la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR, han dado lugar a dos significados abstractos. El primero de ellos se expresa con la metáfora SOSPECHAR ES OLER. En este caso el verbo *oler* metaforiza la imprecisión propia de las olfacciones humanas y la gran abstracción que presentan los olores, así como su naturaleza esquiva. Todo ello provoca que las informaciones de las que no se tiene constancia (esto es, las meras sospechas) puedan conceptualizarse como ‘olores’ que generan en el sujeto que los percibe muchas dudas. Ofrecemos tres ejemplos a continuación:

(12) “Despejada mi razón, he visto claro que si la diamantisa huele dinero, estamos perdidos” (Benito Pérez Galdós, *Mendizábal*, 1898).

(13) “Que pienso que te han olido por santera” (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554).

(14)“Salomón quiso matar a Jeroboán, porque olió que se avía de dividir en él el Reyno después de sus días” (Fray Juan Márquez, *El gobernador cristiano*, 1612-1625).

El texto de (12) presenta una inferencia por conjetura; si la diamantisa huele *dinero*, es decir, si sospecha subjetivamente por alguna razón que hay dinero de por medio, el sujeto y los que están con él tendrán problemas. *Oler* aquí no representa ninguna certeza, sino tan sólo un conocimiento contingente o posible. La misma situación se observa en (13) y (14), sólo que en estos casos la construcción sintáctica es diferente. En (13) *oler* se comporta como un verbo de actitud proposicional con complemento directo (*te*) y complemento predicativo obligatorio (*por santera*), de manera que, funcionalmente, equivale a un verbo cognitivo como *juzgar* o *considerar*. Así, el sujeto de *oler* de (13) considera axiológicamente que una mujer (el referente del pronombre personal *te*) es una *santera*. Lógicamente, esa conclusión epistémica debe proceder de alguna fuente externa de conocimiento más o menos objetiva, por lo que en este caso *oler* representa una inferencia que, dependiendo de en qué esté basada (la forma de vestir de la mujer, su conducta, etc.), se corresponderá con una simple conjetura o con algo más objetivo (inferencia específica o genérica). (14), por su parte, muestra el verbo *oler* complementado por una oración sustantiva introducida otra vez por el nexos *que*, en la que se materializa la sospecha que ha extraído el sujeto (la posibilidad de fractura del reino) por alguna evidencia externa más o menos tenue.

El segundo significado abstracto que se ha generado a partir de la variante transitiva de carácter pasivo es el representado por la metáfora DESCUBRIR ES OLER. En ocasiones, el olfato humano detecta involuntariamente un olor y el sujeto PERCEPTOR es capaz de identificarlo de manera automática y con gran seguridad. Análogamente, una información determinada puede ser descubierta (‘olida’, gracias a la metáfora EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR) con precisión en

un momento dado. Cuando *oler* asume este significado, su sujeto suele tener un gran compromiso epistémico con su aseveración (certeza). Además, *oler* en estos contextos tiende a funcionar aspectualmente como un logro (ya que la información se obtiene instantáneamente), por lo que suele conjugarse en tiempos perfectivos del pretérito. Lo vemos en (15):

(15)“Yo, a cien leguas de distancia, olí la trampa” (Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, 1753).

Como se aprecia, la detección de la trampa es inmediata. En este caso, teniendo en cuenta que el hablante ni duda de la existencia de esa trampa ni de su naturaleza perniciosa, la obtención del conocimiento se considera muy estable, por lo que *oler* representa una evidencia por inferencia específica o circunstancial. Por supuesto, este significado también puede tener por complemento una oración sustantiva, que es, como hemos comprobado en este apartado, el objeto natural de un verbo que expresa obtención o posesión de conocimiento. Tenemos un ejemplo en (16):

(16)“Aunque no fuera más que por la ortografía, cualquiera que no estuviese arromadizado podría oler que, si fuera cosa mía la Derrota, no permitiría que se imprimiese como se imprimió” (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes*, 1758).

En suma, los empleos transitivos de *oler* que hemos analizado (tanto agentivos como pasivos) pueden funcionar como evidenciales léxicos en español; en primer lugar, *oler* presenta empleos evidenciales cuando conserva su significado olfativo prototípico y la percepción de un olor permite extraer una conclusión epistémica. En segundo lugar, esos usos físicos han desarrollado con el tiempo conceptualizaciones metafóricas más nocionales que han permitido que *oler* alcance valores modo-evidenciales elaborados, como los representados por metáforas como

AVERIGUAR ES OLER, SOSPECHAR ES OLER y DESCUBRIR ES OLER.

### 3.2. Variantes estativo-pasivas

La construcción intransitiva de *oler*, de carácter estativo-pasivo en la que sólo se expresa el verbo y, según el caso, el sujeto ESTÍMULO, es especialmente apta para la codificación de evidencialidad, no sólo en español, sino también en otras lenguas como el inglés, el francés o el alemán. Si tenemos en cuenta diversos estudios sobre la relación entre los verbos de percepción estativo-pasivos y la evidencialidad (cf. Gisborne (1998, 2010); Cipria (2002); Cornillie (2007); Whitt (2009, 2010, 2011); Fernández Jaén, 2008, 2012)), podemos establecer que esta conceptualización resulta natural como evidencial por las siguientes razones:

- a) Debido a que el sujeto oracional es el propio ESTÍMULO, la conceptualización de la escena focaliza la FUERZA<sup>8</sup> de ese estímulo para alcanzar por sí solo al conceptualizador, quien lo registra ‘desde fuera’ y sin poder controlar el evento.
  - b) Debido a que la fuerza del estímulo es externa, el conceptualizador puede, o bien señalar objetivamente la existencia del estímulo (la casa huele), o bien puede proceder a valorar subjetivamente dicho estímulo hasta llegar a alguna conclusión epistémica. Cuando se da este segundo caso, es frecuente que aparezca el pronombre dativo, que señala al conceptualizador y marca su presencia en la escena (paso de una conceptualización objetiva a una conceptualización subjetiva), y que emerja una valoración modal del estímulo en forma de complemento (la casa me huele a gas).
  - c) Por las razones anteriores, al señalar la existencia de un olor, y al establecer alguna conclusión intelectual derivada de su captación e interpretación, esta variante construccional funciona como un evidencial cuyas consecuencias epistémicas pueden ser, incluso, intersubjetivas, en la medida en que estos estímulos pueden ser percibidos por varios hablantes que llegan a la misma conclusión (la casa nos huele a gas → pensamos que la casa huele a gas).
- Este esquema funcional que acabamos de presentar es muy productivo en las lenguas para expresar evidencialidad y contenidos copulativos relacionados<sup>9</sup>. Ya el latín empleaba el verbo *videor* (forma pasiva de carácter estativo de *video*, VER) junto con el dativo para expresar evidencialidad y atribución modalizada. Así, estructuras como *mihi videtur* o *mihi visum est* (literalmente, ‘algo es visible para mí’) se usaban en latín de un modo parecido a como hoy utilizamos el verbo *parecer* en español: para notar la existencia de estímulos que desencadenan conocimiento directo o conocimiento inferido (Bordelois, 2006; Garelli, 2007). No hay que olvidar que, tal y como ha puesto de manifiesto Cornillie (2007), el verbo *parecer* admite múltiples usos evidenciales cuando se predica la existencia de un hecho que se le impone al conceptualizador<sup>10</sup>. Lo comprobamos en oraciones como estas:
- (17) El incendio parece extinguirse por sí solo.
  - (18) Me parece que va a llover.
- En ambos ejemplos, *parecer* va acompañado por atributos, uno en forma de infinitivo y otro formado por una oración sustantiva, pero lo verdaderamente decisivo es que la presencia de ese atributo es imposible sin un conceptualizador que observa ciertos acontecimientos o que lleva

8 Empleamos el concepto de FUERZA en los términos propuestos en la Gramática cognitiva (Langacker, 1987, 1991).

9 De hecho, las ocurrencias estativo-pasivas son las más frecuentes en nuestro corpus, pues representan más del 45% del total.

10 No en vano el verbo *parecer* y sus cognados románicos han evolucionado del verbo latino *pareo*, que significaba protóticamente APARECER, MOSTRARSE, DEJARSE VER. De este modo, se constata que *parecer* era, en origen, un verbo también relacionado con la captación visual de un estímulo que se manifiesta por sí solo. Sobre la evolución semántica de *pareo* puede consultarse el trabajo de Antolí Martínez (2012).

a cabo un proceso de razonamiento utilizando ciertas evidencias sensoriales. (17) sólo puede enunciarse si el hablante está contemplando el incendio (evidencia directa), mientras que la oración propuesta en (18) es el producto de una inferencia basada en una observación directa del cielo y el estado del tiempo, si bien también cabe la posibilidad de que parta de la información proporcionada por otra persona (evidencia citativa). En consecuencia, *parecer* es un verbo que puede funcionar como evidencial, ya sea de evidencia directa (con infinitivo) o inferida / reproducida (con complemento oracional flexionado<sup>11</sup>).

Por todo lo comentado, podemos interpretar ciertos usos de la variante estativo-pasiva de *oler* como evidenciales muy próximos en funcionamiento discursivo a los expresados por *parecer* o por construcciones similares. Por supuesto, la primera posibilidad es aquella en la que un olor físico presente en el entorno es notado y empleado como fuente de un razonamiento. Es lo que sucede en (19):

(19) “Algo menudo hay que huele en la boca como almizcle” (José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1590).

Durante el siglo XVI los exploradores europeos que recorrieron el continente americano recién descubierto se encontraron con multitud de realidades para las que no tenían nombre en español. En este caso particular, el hablante hace referencia a una sustancia olorosa desconocida; al percibirla la categoriza de manera aproximativa con el complemento *como almizcle*, de modo que el lector pueda hacerse una idea de cómo es ese aroma. Lo relevante es que aquí *oler* actúa como un evidencial de inferencia genérica (se apela al conocimiento cultural compartido de cómo huele el almizcle), debido a que, otra vez, la percepción sensorial de un olor ha conducido a una conclusión epistémica. No obstante, a di-

ferencia de los empleos transitivos ya comentados, ahora la prominencia informativa de la escena la tiene el olor mismo y no el sujeto que lo evalúa, motivo por el cual el ESTÍMULO ocupa la posición destacada de sujeto oracional.

Tal y como hemos adelantado en el apartado precedente, cuando esta variante se metafORIZA lugar a una serie de usos que pueden englobarse dentro de la metáfora PARECER ES OLER; en este caso el conceptualizador no percibe olores físicos, sino informaciones o datos abstractos que le sirven para la generación de inferencias. Como es esperable, *oler*, a diferencia del verbo *parecer*, no codifica gramaticalmente el proceso por medio de un atributo, sino que emplea otro tipo de recursos morfosintácticos. Por ejemplo, la ocurrencia presentada en (20) introduce la valoración modal con forma de suplemento con a:

(20) “La cualidad esencial de un gobernante es la honradez, y don Bartolomé huele a honrado” (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898).

Este texto expresa la consideración por parte del conceptualizador de que una persona parece honrada. Obviamente, esa opinión ha de estar basada en algún indicio que se le ha presentado al hablante; en función de lo fiable que sea ese indicio, la inferencia resultante (esto es, la supuesta honradez de don Bartolomé) será más objetiva (inferencia específica) o más especulativa y falible (conjetura). Aunque es algo muy inusual en nuestro corpus, también hemos encontrado algunos ejemplos de este tipo en los que la inferencia se codifica con un infinitivo; así, se dota a la escena de un mayor dinamismo, casi como si la deducción inferencial se produjera ‘en tiempo real’, mientras se perciben directamente las circunstancias que la activan (cf. Langacker, 1987, 1991; Cornillie, 2007). Podemos comprobarlo en (21):

11 Esta última alternativa también es posible en español utilizando el verbo *ver* dentro de una construcción impersonal (se ve que va a llover), lo que confirma la estrecha vinculación semántica que se da entre las conceptualizaciones que estamos comentando.

(21)“Ya en la empresa que intento me desmayo / que esto huele a saber que soy lacayo” (Alonso de Castillo Solórzano, *Aventuras del bachiller Trapaza*, 1637).

El hablante de este texto manifiesta su preocupación, pues está ocultando su identidad de lacayo y, en el momento de enunciación, están teniendo lugar unos hechos (representados por el déictico neutro *esto* que señala a la escena que está ocurriendo mientras se habla) que pueden desenmascarar su plan. Se produce, por tanto, una inferencia basada en evidencias directas.

Aparte de la metáfora PARECER ES OLER, la construcción estativa también ha generado diacrónicamente la metáfora RECORDAR ES OLER. Esta metáfora, muy similar conceptualmente a la anterior, halla su razón de ser en la naturaleza subjetiva del olfato humano y en la memoria asociativa de los hablantes; los olores tienen una gran capacidad de evocación y permiten a las personas recordar cosas involuntariamente. Por este motivo, en ocasiones la fuente de una inferencia no son los hechos externos, sino la memoria del conceptualizador. Aun así, debemos precisar que el carácter evidencial de RECORDAR ES OLER está mucho más mitigado que el de PARECER ES OLER. Tenemos unos ejemplos a continuación:

(22)“le dijo un día que no quería en su casa cosa que oliese a comercio” (Raimundo de Lantery, *Memorias*, 1705).

(23)“A sermón me huele, porque esta divina paloma siempre bate las alas sobre la cabeza de los predicadores” (José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de campazas alias Zotes*, 1758).

En ambos textos *oler* introduce el recuerdo de unos marcos conceptuales que actúan como punto de referencia (el mundo del comercio y los sermones, respectivamente); lo interesante es que la inferencia, ya sea que una casa huele como si hubiera un comercio en ella o que un discurso

parece un sermón, sólo puede obtenerla quien esté familiarizado con esos *frames semánticos*. Consecuentemente, el uso evidencial es en este caso mucho más subjetivo que con PARECER ES OLER, puesto que en estas conceptualizaciones las evidencias externas (los objetos de la casa o el tipo de discurso) no son suficientes para extraer conclusiones; hace falta tener memoria de esos frames para establecer la analogía.

Por último, esta variante construccional de *oler* puede expresar, desde su configuración es-cueta sin complementos, conclusiones inferenciales globales sobre el carácter positivo o negativo de una información. En este caso el proceso inferencial es más superficial, por lo que únicamente se alcanza una conjetura esquemática y muy subjetiva. Hay en estos significados muy poco compromiso epistémico del hablante con su valoración; valoración que él mismo considera muy falible. Obsérvese este texto:

(24) “No sabía por qué le olía mal aquella sumisión absoluta” (Leopoldo Alas “Clarín”, *Su único hijo*, 1891).

Este ejemplo, perteneciente a la metáfora SER ALGO MALO ES OLER, manifiesta la subjetividad del hablante (presente en el dativo *le*) y su conciencia de que la consideración de que la sumisión parece algo negativo es totalmente arbitraria. Lo prueba, además, la presencia negada del verbo epistémico *saber*, que confirma que nos encontramos ante una conceptualización cargada de incertidumbre. Puede ser interesante mencionar que en el mundo biológico los olores más útiles para la supervivencia son los olores desagradables, pues esos son los olores que advierten de un peligro que debe evitarse (comida podrida, un veneno, etc.). Podría decirse, en consecuencia, que el olfato actúa a veces como una alarma cognitiva (Fernández Jaén, 2012). De este modo, si EL CONOCIMIENTO ES UN OLOR, una sumisión exagerada puede conceptualizarse como algo que huele mal y que, por tanto, despierta recelos, aún no confirmados, en quien lo detecta.

La contrapartida positiva de este mismo significado es la metáfora SER ALGO BUENO ES OLER. Se trata de un significado extremadamente periférico dentro de la red de significados del verbo *oler*, hasta el punto de que sólo hemos encontrado un ejemplo del siglo XVIII en nuestro corpus:

(25) “Este, pues, descolgando la mandíbula inferior, que era tan grande que se le bañaba en el pecho, hablando a pujos y como que los iba a hacer (porque su traza no era de hacer cosa que oliese bien), y como dando las boqueadas, me dijo [...]” (Diego de Torres Villarroel, *Correo del otro mundo*, 1725).

No deja de ser significativo que, a pesar de que *oler* en este caso sí activa una inferencia positiva, la predicación se encuentre en un contexto negativo (*no era de hacer cosa que oliese bien*); ello implica que, en realidad, se está señalando la improbabilidad de que la situación inminente sea positiva. La rareza del significado SER ALGO BUENO ES OLER parece confirmar la tendencia de estas variantes a la expresión de conjeturas de carácter negativo, lo que unido a significados transitivos como SOSPECHAR ES OLER (que también poseen este matiz) prueba que las inferencias que nuestro verbo permite extraer suelen ser, como los olores de las que derivan metafóricamente, desagradables o inoportunas.

Queda demostrado, pues, que los usos intransitivos de *oler*, físicos y metafóricos, constituyen una estrategia evidencial óptima, sobre todo cuando la fuente de conocimiento son conceptos, hechos o datos procedentes del exterior sobre los que el conceptualizador no ejerce ningún control.

En suma, en las páginas precedentes se ha constatado el gran potencial del verbo *oler* para introducir estrategias de evidencialidad. En el cuadro de la figura 2 se sintetizan todas las propiedades fundamentales de nuestro verbo, tanto transitivas como intransitivas, así como sus matices evidenciales.

#### 4. El verbo *oler* como evidencial mirativo

Para terminar nuestro análisis de los usos evidenciales de *oler*, debemos reparar en unos casos que, a nuestro juicio, podrían integrarse dentro de la categoría de la miratividad. Según el trabajo clásico de Delancey (1997), se conoce como *miratividad* los usos evidenciales en los que se obtiene una información repentina, sorprendente o inesperada. La categoría de la miratividad está siendo muy estudiada hoy en día puesto que aún no se sabe con certeza si es un tipo especial de evidencialidad o una categoría semántica independiente. También se discute si es una forma particular de evidencia inferencial, habida cuenta de que las lenguas que codifican gramaticalmente la evidencialidad suelen emplear los morfemas de inferencia para expresar la miratividad (Delancey, 1997; Aikhenvald, 2004; Greco, 2012).

En nuestro corpus hemos encontrado algunos textos en los que *oler* parece deslizarse al terreno conceptual de lo mirativo. En estos casos el conceptualizador presenta una escena en la que alguien hace un descubrimiento, pero se trata de un descubrimiento que rompe ciertas expectativas, a diferencia de lo que sucede con la metáfora general DESCUBRIR ES OLER. Consideremos el siguiente ejemplo:

(26) “¿Y cómo ha olido que estoy aquí?” (Benito Pérez Galdós, *Rosalía*, 1872).

El hablante que realiza esta pregunta no sólo constata que alguien ha descubierto dónde está, sino que también muestra su sorpresa, ya que, en principio, esa persona no debería saber nada acerca de su presencia en ese lugar. De este modo, la oración sustantiva *que estoy aquí* expresa una información que, por algún motivo, debió de resultarle sorprendente al sujeto de *oler*, en la medida en que, por alguna razón, era de esperar no encontrar en ese sitio a ese individuo. Algo similar sucede en (27), sólo que en este caso tenemos una inferencia específica activada, literalmente, por un olor físico: se supone

**FIGURA 2**Características del verbo *oler* como evidencial

VARIANTE	RASGOS PROTOTÍPICOS	VALOR EVIDENCIAL
<i>Oler</i> transitivo activo	-Sujeto OBSERVADOR -Carácter voluntario de la predicación. -Se focaliza la intención del OBSERVADOR más que el éxito o consecución de la percepción. -Aspecto verbal: agentivo.	Metáforas: AVERIGUAR ES OLER -El olfato como fuente para la captación de informaciones e inferencias complejas.
<i>Oler</i> transitivo pasivo	-Sujeto PERCEPTOR -Carácter involuntario de la predicación. -Se focaliza la captación involuntaria del olor. -Aspecto verbal: tendencia al logro aspectual.	Metáforas: SOSPECHAR ES OLER DESCUBRIR ES OLER -El olfato como medio para la captación de informaciones contingentes y de hechos objetivos.
<i>Oler</i> intransitivo	-Sujeto ESTÍMULO -Se focaliza la existencia del olor y su autonomía conceptual. -Aspecto verbal: estativo.	Metáforas: PARECER ES OLER RECORDAR ES OLER SER ALGO MALO ES OLER SER ALGO BUENO ES OLER -El olfato como fuente de interpretaciones (inter)subjetivas, de advertencias y de peligros.

que un hombre no debe fumar cerca de una mujer, pero su olor le delata:

(27)“El olor del tabaco la ofende, y no puedes fumar delante de ella; si por no dejar de verla fumas lejos de su presencia, cuando te acercas huele que has fumado, y te rechaza” (José María de Pereda, *El buey suelto...*, 1878).

Como se puede apreciar, el olor a tabaco rompe con las expectativas (se supone que ese hombre no debería fumar delante de la mujer), lo que conduce a una información inesperada codificada en la oración sustantiva *que has fumado*.

Pero aparte de ejemplos como estos, hemos documentado en nuestro corpus diversas ocurrencias que contienen lo que interpretamos como una locución gramaticalizada: la expresión fraseológica *oler el poste*. Lo relevante es que esta locución parece estar especializada en expresar miratividad.

El origen de esta locución se encuentra en la novela anónima *Lazarillo de Tormes*, publicada en la primera mitad del siglo XVI. En uno de sus más famosos pasajes, Lázaro, el protagonista, le roba una longaniza a su amo ciego, pero este, introduciendo la nariz en la garganta del muchacho, descubre el engaño y le castiga. Tras múltiples calamidades, Lázaro se decide a vengarse del ciego. Así, en un momento en que ambos se resguardan de la lluvia junto a un pequeño riachuelo, Lázaro le dice a su amo que hay una parte del riachuelo más estrecha por la que podrán pasar sin mojarse dando un salto. Sin embargo, no hay un paso angosto, sino un poste de piedra al otro lado del riachuelo. Lázaro sitúa al ciego delante del poste y le insta a saltar hacia él con todas sus fuerzas. El resultado es que el ciego se golpea fuertemente en la cabeza y cae al suelo medio muerto. En ese preciso momento, Lázaro exclama lo siguiente:

(28)“—¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? ¡Olé, olé! —le dije yo” (Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, 1554).

Esta anécdota causó sin duda mucho impacto en la época (recuérdese que este libro fue tomado en su momento como auténticamente autobiográfico), y sirvió de contexto para la generación de una inferencia formada con un razonamiento silogístico: si no oler el poste implica caer en un peligro inesperado, oler el poste implica automáticamente descubrir dicho peligro a tiempo. De acuerdo con la teoría de la inferencia invitada desarrollada por Traugott y Dasher (2002), podríamos decir que esa inferencia actuó en el siglo XVI como una implicatura conversacional particularizada, es decir, una implicatura anclada a un contexto único, el de la novela. Sin embargo, esa implicatura se generalizó hasta quedar fijada en la expresión *oler el poste*, lo que condujo a un proceso de gramaticalización. De esta manera, la construcción *oler el poste* acabó fosilizándose hasta convertirse en una locución verbal idiomática con el significado de DETECTAR EL PELIGRO. Por supuesto, teniendo en cuenta que esta locución siempre se refiere a peligros subrepticios, podemos defender que es una locución especializada en expresar miratividad. Veamos un ejemplo:

(29)“Los holandeses olieron el poste, y echaron de ver no pretendían otra cosa que hacer Señor de Holanda al Palatino, con lo cual le despidieron sin efectuar nada” (Andrés de Almansa y Mendoza, *Cartas. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes*, 1626).

Los holandeses de este fragmento descubren una encerrona inesperadamente y a tiempo de no caer en ella, situación que se presenta con *oler el poste*. Queda claro, pues, que aquí la locución ha perdido por completo su conexión con el contexto literario inicial y que funciona como una pieza léxica autónoma y de significado unívoco. Esta unidad fraseológica se documenta en nuestro corpus de forma discontinua del siglo

XVII al XIX, pero creemos que, pese a no haber llegado a nuestros días, es una evidencia sólida de que una lengua románica como el español tiene capacidad para generar no sólo estrategias evidenciales léxicas, sino también formas más gramaticalizadas, incluso con función mirativa.

## 5. Conclusiones

Tras el análisis efectuado en este trabajo queda probado que el sentido del olfato sí puede considerarse una fuente de información; lo demuestra el hecho de que el verbo *oler* haya producido a lo largo de su evolución semasiológica significados y empleos pragmáticos que conectan lo olfativo con la modalidad epistémica. Así, *oler* puede expresar evidencias directas e inferenciales (tanto específicas, como genéricas y por conjetura), si bien no parece capaz de introducir evidencialidad referida. También hemos observado que, en determinados contextos, el verbo *oler* manifiesta usos mirativos, siendo uno de ellos tan marcado que condujo a la gramaticalización, más o menos efímera, de la unidad fraseológica *oler el poste*.

Por otro lado, nuestra investigación también ofrece argumentos sólidos a favor de una concepción cognitivo-funcional de los hechos lingüísticos en general y de la evidencialidad en particular, pues el hecho de que un verbo pleno como *oler* pueda actuar como estrategia evidencial cuando lo situación lo requiere confirma que, en origen, los evidenciales son siempre estrategias pragmáticas creadas *ad hoc*, que sólo con el tiempo pueden llegar a lexicalizarse e incluso a gramaticalizarse. En este sentido, nuestro artículo también ofrece nuevas evidencias sobre la eficacia de las teorías cognitivas para explicar el cambio semántico, puesto que la evolución de *oler* responde a una configuración diacrónica basada en una organización prototípica que experimenta un incremento gradual en su nivel de metaforización. Finalmente, y en relación con esto, el comportamiento sintáctico-semántico de *oler* confirma también la validez de la hipóte-



sis de la corporeización lingüística porque, como hemos visto, las propiedades biológicas del olfato (imprecisión, subjetividad, etc.) influyen sobre su diseño lingüístico.

Para terminar, sólo nos queda señalar dos vías de análisis que habrán de explorarse en el futuro. En primer lugar; ¿cuál es la relación entre el olfato y la evidencialidad en otras lenguas? No cabe duda de que es esta una cuestión relevante para completar nuestra comprensión del funcionamiento de los evidenciales. Y, en segundo lugar, ¿pueden, quizá, haber surgido de algún término relacionado con lo olfativo los morfemas evidenciales de alguna lengua con sistema gramatical de evidencialidad obligatorio? Los hallazgos de nuestro trabajo hacen más que tentadora la indagación de esta hipótesis.

## 6. Bibliografía citada

- AIKHENVALD, Alexandra, 2004: *Evidentiality*, Oxford: Oxford University Press.
- ANTOLÍ MARTÍNEZ, Jordi M., 2012: “Canvi semàntic i gramaticalització en el sorgiment de marcadors evidencials. Evolució semàntica de PARERE i derivats en el llatí tardà i en el català”, *eHumanista/IVITRA* 2, 41-84.
- BORDELOIS, Ivonne, 2006: *Etimología de las pasiones*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- CIPRIA, Alicia, 2002: “Tensed complements of perception verbs: issues in their temporal interpretation” en Javier Gutiérrez-Rexach (ed.): *From Words to Discourse: Trends in Spanish Semantics and Pragmatics*, Oxford: Elsevier, 37-60.
- CORNILLIE, Bert, 2007 *Evidentiality and Epistemic Modality in Spanish (Semi-) Auxiliaries: A Cognitive-Functional Approach*, Berlin: Mouton de Gruyter.
- DE HAAN, Ferdinand (en prensa): “Visual Evidentiality and Its Origins”, *Diachronica*.
- DELANCEY, Scout, 1997: “Mirativity: The grammatical parking of unexpected information”, *Linguistic Typology* 1, 33-52.
- FERNÁNDEZ JAÉN, Jorge, 2008: “Modalidad epistémica y sentido del olfato: la evidencialidad del verbo *oler*”, *Estudios de Lingüística Universidad de Alicante* 22, 65-89.
- FERNÁNDEZ JAÉN, Jorge, 2012: *Semántica cognitiva diacrónica de los verbos de percepción física del español*. Universidad de Alicante: PhD Thesis.
- GARELLI, Marta, 2007: “Verbos epistémicos latinos” en *Actas del III Coloquio Nacional de Investigadores en Estudios del Discurso*, Asociación Latinoamericana en Estudios del Discurso.
- GEERAERTS, Dirk, 1997: *Diachronic Prototype Semantics. A contribution to Historical Lexicology*, Oxford: Clarendon Press.
- GISBORNE, Nikolas, 1998: “The attributory structure, evidential meaning and the semantics of English SOUND-class verbs”, *UCL Working Papers in Linguistics* 10, 389-414.
- GISBORNE, Nikolas, 2010: *The Event Structure of Perception Verbs*, Oxford: Oxford University Press.
- GONZÁLEZ VAZQUEZ, Mercedes, 2006: *Las fuentes de la información. Tipología, semántica y pragmática de la evidencialidad*, Vigo: Universidade de Vigo.
- GRECO, Paolo, 2012: *Evidenzialità. Storia, teoria e tipologia*, Roma: ARACNE.
- IBARRETXE-ANTUÑANO, Iraide, 1999: *Polysemy and metaphor in perception verbs: A cross-linguistic study*. University of Edinburg. PhD Thesis.
- JOHNSON, Mark, 1987: *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination, and Reason*, Chicago: The University of Chicago Press.
- LAKOFF, George, 1987: *Women, Fire, and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*, Chicago: The University of Chicago Press.

LAKOFF, George y Mark JOHNSON, 1980: *Metaphors We Live By*, Chicago: University of Chicago Press.

LANGACKER, Ronald W., 1987: *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I: *Theoretical Prerequisites*, Stanford: Stanford University Press,

LANGACKER, Ronald W., 1991: *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. II: *Descriptive Application*, Stanford: Stanford University Press.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, 2009: *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe.

RUIZ GURILLO, Leonor, 2006: *Hechos pragmáticos del español*, Alicante: Universidad de Alicante.

SQUARTINI, Mario, 2001: "The internal structure of evidentiality in romance", *Studies in language* 25, 297-334.

SQUARTINI, Mario, 2008: "Lexical vs. grammatical evidentiality in French and Italian", *Linguistics* 46-5, 917-947.

TRAUOGOTT, Elizabeth y Richard B. DASHER, 2002: *Regularity in Semantic Change*, Cambridge: Cambridge University Press.

WHITT, Richard J., 2009: "Auditory evidentiality in English and German: The case of perception verbs", *Lingua* 119, 1083-1095.

WHITT, Richard J., 2012: *Evidentiality and Perception Verbs in English and German*, Bruxelles: Peter Lang.

WHITT, Richard J., 2011: "(Inter)Subjectivity and evidential perception verbs in English and German", *Journal of Pragmatics* 43, 347-360.

WOOD, Francis A., 1899: "The semasiology of words for 'smell' and 'see'", *PMLA* 14-3, 299-346.